

El desnudo y la moral

La colocación de una estatua en una plaza pública; media docena de chistes gruesos, disparados por un desocupado; la sensiblería pudibunda de alguna beata que acierta á ver el mal donde no existe, ha sido bastante para que se promoviera recia discusión alrededor de la moral en el arte y especialmente del desnudo en las esculturas destinadas á la ornamentación de calles y paseos.

La discusión, movida primeramente en gacetas aisladas, pasó luego á largos artículos, y llevada por un grupo de señoras subió la escalera del palacio municipal, á tiempo que un prelado de la iglesia católica participaba en ella desde el púlpito. Por un momento apasionó á todos; después, la vertiginosidad de nuestra vida tejió un velo de olvido sobre la causa del escándalo que hoy, indiferente á la gran mayoría de la población metropolitana, sólo sirve de asombro para algún grupo de ingenuos provincianos.

Los ataques de que fueron objeto algunas esculturas no podían ser más graves. El estigma de obscenidad fué lanzado sobre una obra de arte merecedora de mejor acogida. El digno sacerdote que contra ella movió sus armas dialécticas, hízolo en nombre de la moral ofendida.

Había, pues, una grave cuestión en litigio. El hecho de que se la haya olvidado puede satisfacer á la mayoría, contenta de haber puesto fin á la

controversia. Agotado el repertorio de los argumentos combativos, ha llegado ahora el momento de estudiar el asunto.

Se habló de moralidad y de obscenidad. No faltó una voz que incitara á destruir esas estatuas que así ofendían el pudor público. La gente, por curiosidad, fué á cerciorarse: no encontrando lo que en nuestros días se ha dado en llamar obsceno, encogióse de hombros y volvió á su trabajo. El motín popular no cuajó en la conciencia pública. Los curiosos, atraídos por el escándalo, encontraron una de tantas obras de arte como se ven en museos y galerías, sin otra inmoralidad que la del propio espectador.

Los agitadores de la moral no tuvieron en cuenta que los tiempos, dentro de su aparente inmovilidad, cambian incesantemente. La moral cambia también, en la humanidad como en el hombre, sin que hoy nos conmueva lo que ayer hubiera sido motivo de formidable escándalo. Cambia también según el clima y la religión, según la posición social y las costumbres, según el oficio y la edad.

El acto que en una persona adulta es una obscenidad penada por la ley puede ser efectuado en plena calle por un niño de pocos años. En ciertos países de Oriente las mujeres sólo se muestran á los extranjeros cubierto el rostro por un denso velo,—y un viajero cuenta que habiendo sorprendido á varias mujeres, en un camino, sin el velo tradicional, no vacilaron en cubrirse el rostro con las faldas, dejando el cuerpo al descubierto.—La mujer occidental, que no mostrará la más pequeña parte de su piel al curioso, lo hará sin vacilar cuando asiste á un baile; en este caso el escote llegará hasta cierto límite. Pero, si siendo madre necesita amamantar á su pequeñuelo, aunque sea en un lugar público, no sentirá ese pudor, ni respetará ese límite.

Los pudibundos del arte suelen ser los hipó-

critas de la vida. Nadie se extrañará si al visitar nuestro Museo de Bellas Artes lo primero que se exhibe á su paso es la Bacante de Dresco. Aque-



El desnudo en la escultura no puede ser nunca un peligro para las costumbres

llas formas sensuales, palpitanes, no alterarán un solo momento la regularidad en la circulación de su sangre. Pasará ante la hermosa embriagada

como ante cualquier obra de arte en la que el desnudo resplandezca como gloria de vida.

A esa misma escultura vístasela como hacen ciertos sacristanes con las imágenes de los templos y la obscenidad aparecerá como por encanto. Habrá bastado ocultar una parte del todo desnudo para que el pudor no se sienta herido.

El arte de la Edad Media fué en esto más sincero; no conoció el pudor: de ahí que ignorase la obscenidad, ya que lo permitido sólo es comprensible cuando se puede comparar con lo prohibido. Los artistas ingenuos de aquellos siglos tuvieron la valentía de la ignorancia; pintaban y esculpían lo que á sus ojos se presentaba. Si, como en nuestros días, hubieran tenido que luchar con la conveniencia social de cierta clase de gentes, hubieran aprendido obscenidades.

Entre nosotros lo obsceno está en el alma de cada hombre. La obra de arte no puede ser obscena; dentro de muy amplios límites cualquier posición, cualquier actitud puede ser mal interpretada. La estatua que se colocó en una plaza y que dió motivo á toda la discusión no tenía nada de inmoral. Sus detractores dijeron que podía exhibirse en un museo, pero no en un lugar público; con lo que vinieron á probar que en ellos mismos está el escándalo, puesto que á la luz del sol no pueden mirar lo que no les provoca ninguna censura en una discreta galería.

El desnudo no ha sido nunca motivo de obscenidades, sino la actitud en que él se presenta. El desnudo no puede tener otro objeto que el de hacer resaltar las formas, pervertidas por la hipocresía de la indumentaria, antigua ó moderna. El vestido, que es ocultamiento antinatural, lleva al deseo de descubrir lo que debajo de él se oculta. Así, en los bailes de máscaras, el sentimiento de curiosidad es más fuerte que en los demás actos de la vida; conocida la persona, es decir, conocida una parte

de su cuerpo, el sentimiento aquél ya no es tan fuerte.

Un mármol es obsceno en Alemania y no lo es en Italia; cuestión de temperamento y de educación. Un cuadro que en París no llama la atención de nadie, puede ser motivo de escándalo en un pueblo de nuestra campaña; cuestión de lugar y ambiente.

Querer legislar en cuestión de sentimientos, es grabar en el aire. La obra artística no puede ser sometida al sentimiento de una clase social ó de un momento de la vida. Si la moral cambia, la naturaleza permanece; y si el arte se destina á producir lo natural, tiene que someterse, dejando á un lado el prejuicio moralista de la época. Telas y mármoles sobrenadan en el mar de los convencionalismos en que naufraga ese pudor hecho de meticulosidades ridículas y tontas. La obra de arte sobrevive á la conveniencia del momento, y por ello tiene que sustraerse á lo momentáneo de una moral que pasa.

En escultura, principalmente, el desnudo es una exigencia de perpetuidad. Las condiciones exteriores de la vida humana cambian con rapidez alarmante; sólo no cambia, dentro de los límites de nuestra visualidad, el cuerpo del hombre. Una obra de arte, destinada á vivir más de lo que viven las modas fugaces que rigen nuestra manera de vestir, debe de hacer caso omiso de toda exterioridad para concretarse á lo permanente.

Destinado á reproducir el hombre, el arte escultórico es por excelencia el arte del desnudo. Falto del color, que da vida y movimiento al rostro, necesita, para acentuar los sentimientos, los impulsos, las pasiones que laten en cada pecho, del juego de los músculos. Una escultura que simbolice una gran idea no puede presentarse á la curiosidad del espectador como un maniquí. Despojada de toda actualidad exterior, la obra de arte que

pretenda vivir debe de presentar al hombre en su aspecto permanente, en pleno triunfo de la carne. Así compréndese que Rodin haya representado á Victor Hugo desnudo, sobre una roca, en la actitud de un dios mitológico. Hugo, el poeta, no debe de ser perpetuado en la trivial actitud de un burócrata jubilado.

Los grandes artistas han procedido de igual manera al esculpir la representación de alguna idea ó de algún sentimiento. Dándole la forma humana han sabido evitar el escollo de lo pasajero para infundirle vida más duradera. En la pompa de la desnudez la idea se ha libertado de toda contingencia para imponerse con su mérito propio.

Siendo ésta una condición del arte escultórico, natural é imprescindible, no puede ser, en manera alguna, peligrosa para el hombre, como no puede serlo nada de aquello á que obligue la naturaleza de las cosas. En este caso el mal estará en el hombre, incapaz de interpretar debidamente un arte cuyas condiciones antójansele inmorales, contrarias á la noble serenidad que debe rodear todos los actos de nuestra vida.

El desnudo en la escultura no puede ser nunca un peligro para las costumbres—no digo «buenas costumbres»,—porque á ser así no habría foco de infección moral más grande que un buen museo, y allí es precisamente donde las nuevas generaciones van á descansar sus ojos, fatigados de las tristezas y fealdades contemporáneas.

La separación establecida entre el desnudo en los museos y el desnudo en la vía pública es una argumentación capciosa. Las cosas son ó dejan de ser; lo moral y lo inmoral es ó no es; no cabe en una mente equilibrada que una cosa pueda ser celebrada como fuente de pura emoción artística dentro de las cuatro paredes de un museo y pueda ser vituperada si se la exhibe en plena calle, á la

luz del sol. Esas dos maneras de encarar las cosas no son más que una demostración de la hipocresía legada por el cristianismo: «Haz lo que quieras... pero que nadie te vea». El mismo cristianismo, entretanto, ha protestado contra el falso pudor de ciertas gentes. Tertuliano y San Jerónimo tienen duras frases para los hipócritas que en un falso sentimiento pudoroso hacen valer más los encantos concupiscentes del cuerpo.

La escultura destinada al pueblo en la ornamentación de calles, plazas y jardines, no puede ser diferente de la que se exhibe en los museos. Hacer otra cosa sería atentar contra la esencia misma del arte, probando que pueden existir dos maneras harto diferentes de representar la naturaleza ó de simbolizar la fantasía. Esta manera de proceder sería dolorosamente perjudicial para el arte y para el pueblo; aquél se rebajaría, éste permanecería por siempre hundido en un estado de inferioridad respecto á ciertas clases sociales, privilegiadas por sus medios de vida. La afirmación capciosa de nuestros hipócritas del arte puede ser, también, una faz de la lucha social en que está empeñada la humanidad actualmente.

El arte es manantial de emociones y sensaciones de verdad, de belleza, de amor. Negarle al pueblo esos beneficios en la misma intensidad que para sí reclaman los directores del mundo actual, es contribuir á la división de los hombres levantando entre ellos barreras morales.

En esto, sí, va un delito de lesa moral, más que en el hecho de presentar uno ó muchos cuerpos desnudos que sólo la imbecilidad de un degenerado puede interpretar maliciosamente. Al pueblo, como á toda clase social, aun la más elevada, y especialmente por ser pueblo, se le deben de dar todas las sensaciones juzgadas útiles para el buen desarrollo de la vida. Si en su ignorancia las interpreta mal, no podrá ser culpada la obra de

arte, si de arte se trata; será acaso educacional, cuestión de cultura que á las clases más elevadas corresponde resolver. Si la falta de costumbre lleva á un niño ó á un obrero á mirar maliciosamente una estatua desnuda, no debe de ser destruída ésta sino educado el niño y educado el obrero, tratando de imbuir en sus corazones el noble sentimiento de la belleza y el culto de lo puro.

Destruyendo las estatuas no se moraliza al hombre. Las obras de arte deben de ser consideradas como tales, sin que prevalezca un sólo instante la argumentación malsana é inconsciente de los que ven un peligro en la desnudez de un mármol ó de un bronce, sin notar que en esa exagerada pudicia ya va una maliciosa interpretación que muy poco dice en favor de su moralidad propia, —de la moral íntima, para el uso casero—ya que es de suponer en esos buenos señores la duplicidad de una moral para la calle y otra para el hogar, siguiendo su teoría del desnudo en los museos y en las plazas.

El caso de «Salomé»

Atravesamos por una terrible crisis de moralidad. Ya no es la magnífica y serena desnudez de una estatua, gloria de la carne bajo el triunfo del sol, lo que asusta á media docena de personas, hiriendo su pudor; es ahora la representación de *Salomé*, drama lírico escrito por Strauss de acuerdo con el poema de Oscar Wilde.

¿Qué hay de escandaloso, de inmoral, de atentatorio á las buenas costumbres en la ópera del gran músico alemán? Nadie lo dice. Parece, más bien, tratarse de una conspiración del silencio, de un complot en contra de una novedad artística que sólo como tal debe de ser entendida y aceptada.

El drama de Strauss, última creación musical de resonancia europea, no contiene nada de lo que deleita á los oyentes del sempiterno Verdi con su *Traviata*. Podríamos llegar á decir que es, en su fondo, una obra esencialmente moral; un drama sagrado, una creación digna no sólo del aplauso de los que en el arte buscan la más noble emoción de la vida, sino hasta de aquellos mismos que van á buscar en los productos intelectuales algo capaz de elevarlos por encima de sí mismos, separándolos del medio en que viven.

Se ha dicho que hay en *Salomé* la concupiscencia degenerante que hoy señala como una marca de fuego las obras del gran poeta inglés. Y se ha